PQ 6323
A1
V.6
1814

FONDO EDITORIO
VALVERDE Y TELLEZ

PARTE SEGUNDA

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPÍTULO XXIV.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Dice el que traduxo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesínos, en el márgen dél

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

010294

estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mesmas razones :

« No me puedo dar á entender, ni me » puedo persuadir, que al valeroso Don » Quixote le pasase puntualmente todo lo » que en el antecedente capítulo queda » escrito. La razon es, que todas las aven- » turas hasta aquí sucedidas han sido con- » tingibles y verisímiles; pero esta desta » cueva no le hallo entrada alguna para » tenerla por verdadera, por ir tan fuera » de los términos razonables. Pues pensar » yo, que Don Quixote mintiese, siendo » el mas verdadero hidalgo y el mas noble » caballero de sus tiempos, no es posible : » que no dixera él una mentira si le asae- » tearan. Por otra parte considero que » él la contó y la dixo con todas las cir- » cunstancias dichas, y que no pudo fa- » bricar en tan breve espacio tan gran má- » quina de disparates, y si esta aventura » parece apócrifa, yo no tengo la culpa, » y así sin afirmarla por falsa ó verda- » dera la escribo. Tú, letor, pues eres » prudente, juzga lo que te pareciere, » que yo no debo ni puedo mas, puesto » que se tiene por cierto, que al tiempo

» de su fin y muerte dicen que se re- » trató della, y dixo que él la habia in- » ventado por parecerle que convenia y » quadraba bien con las aventuras que » habia leido en sus historias. » Y luego prosigue diciendo :

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paicencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba, porque si así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho que merecian molerle á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dixo : yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con vuesa merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera, haber conocido á vuesa merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesínos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español* que traigo

entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naypes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesínos, él despertó diciendo: paciencia y barajar (1). Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno. Y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó

(1) Bien se dexa entender la ironia, con que habla aquí el autor, del fabuloso origen de los naypes. Del mismo jaez y de la misma laya viene á ser el que corria en el siglo XVII, entre los jugadores de Andalucia. Acerca de su inventor, que suponian ser un tal Villan, andaban tres opiniones: unos decian que era frances, porque los primeros naypes vinieron de Francia á España: otros, que era flamenco, fundados acaso en que las damas de aquella provincia inventaron el juego de los *Cientos*: y otros que era natural de Madrid, y que habiendo perdido en él su hacienda, se puso en camino para Sevilla con deseo de verla: que en Orgaz, Lugar del reyno de Toledo, aprendio y exercio el

de poner la de los naypes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La quarta es, haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quien piensa dirigirlos. Señores y Grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se

oficio de albañil, donde para memoria de su ocupacion y habilidad hizo una famosa chiminea: que fue despues mozo de posadas en una de Sierra Morena, donde le sucedieron raros y lastimosos casos, que le obligaron á servir en Peñaflor de atizador de lamparas, de donde pasando á Sevilla, despues de haberse hecho espadero, murio en ella quemado por monedero falso. Este fue el padre y el inventor de los naypes, segun las apócrifas Memorias de los tahures, que tanto le maldecian, y tanto renegaban de él. (Vease al licenciado Francisco de Luque Faxardo: *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*: fol. 37 y 188, b.)

debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un Príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de quatro generosos pechos (1); pero quédese esto aquí para otro tiempo mas cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. No léjos de aquí, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen christiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de

(1) El principe á quien alude aquí Cervantes, es sin duda Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, á quien dedicó esta Segunda Parte de Don Quixote.

aquestos, sino que quiero decir, que al rigor y estrecheza de entónces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los juzgo, y quando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador (1). Estando en esto viéron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á

(1) La descripcion de otro ermitaño, parecido á este en tener sotaermitaño (como se dice mas adelante) y todas las apariencias de hipócrita, se contiene en un soneto, que se halla en la Real Biblioteca (est. M.) entre otras poesias mss. del tiempo de Cervantes, y que no desdice de su ingenio, el qual dice así:

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á marabilla,
Rebanaba narices en Castilla,
Y siempre le quedaba el brazo sano.
Quiso pasarse á Indias un verano,
Y riñó con Montalvo el de Sevilla:
Coxo quedó de un pie de la rencilla,
Tuerto de un ojo, y manco de una mano.
Vinose á recoger á aquesta ermita,
Con su palo en la mano, y su rosario,
Y su ballesta de matar pardales;
Y con su Madalena, que le quita
Mil canas, está hecho un San Hilario:
Ved como nacen bienes de los males.

Esta profesion de ermitaños era antes mas comun y mas libre, y de ellos dixo tambien Fr. Melchor de Huelamo,

pie, caminando apriesa y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Quando llegó á ellos los saludó y pasó de largo. Don Quixote le dixo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para que las llevo, en la venta que está mas arriba de la ermita pienso alojar esta noche, y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas (1), y á Dios otra vez, y de tal ma-

describiendo la vida de los gitanos: *y aun no estan muy desospechados desta vivienda los ermitaños, que andan sobre su palabra, sin tomarles nadie residencia ni cuenta de su vida, sin jamas ganar indulgencias ni jubileos, contentandose solamente con publicar los de sus ermitas para tener mas ocasion de dar entre ceja y ceja con la bacinilla* (ó platillo). *En lo qual se habia de advertir con mucho cuidado; pues no es razon que con las espaldas y sombra de las imagenes portatiles, que traen compuestas para sus grangerias, vivan una vida tan libertada y sin regla.* (Vida de S. Gines de la Xara: *f.* 75, *b.*)

(1) *Contar marabillas; y hacer ver marabillas*: expresiones enfáticas, usadas para poner los ánimos en la

nera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle que maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hízose así, subiéron á caballo y siguiéron todos tres el derecho camino de la venta, á la qual llegáron un poco ántes de anochecer. Dixo el primo á Don Quixote, que llegasen á la ermita (*a*) á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el rucio á ella, y lo mesmo hiciéron Don Quixote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estu-

expectacion de oir algun suceso estupendo. En la comedia *Selvagia* (fol. XXI, b.) ofrece Valera, vieja supersticiosa y taymada, á Cecilia formar un conjuro, y para hacerle la pide *dos palomas de color de nieve para sacarles la hiel: un cabrito tierno y de buen tamaño: dos gallinas prietas cresticoloradas: dos quesos de los de Mallorca, ó Pinto: dos docenas de huevos de ansar con algunas madrecillas: dos cangiloncillos de hasta quatro ó seis azumbres de lo de Sant Martin, ó Morviedre; y asi finalmente dos monedillas de oro bermejo: que si tú desto* (dice) *me provees*, verás marabillas.

viese en casa, que así se lo dixo una sotaermitaño que en la ermita halláron. Pidiéronle de lo caro (1). Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino donde la hubiera satisfecho. ¡Ha bodas de Camacho y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar ménos! Con esto dexáron la ermita y picáron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando, no con mucha priesa, y así le alcanzáron. Llevaba la espada sobre el hombro y en ella puesto un bulto, ó envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones, ó gregüescos y herreruelo y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera: las medias eran de seda, y los zapatos quadrados á uso de Corte: la edad llegaria á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro y al parecer

(1) V. P. II, c. LXVI.

ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Quando llegáron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué Don Quixote, diciéndole: muy á la ligera camina vuesa merced, señor galan ¿y adonde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. Á lo que el mozo respondió: el caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra. ¿Como la pobreza? preguntó Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla, si los gasto en el camino, no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros: y así por esto como por orearme voy desta manera, hasta alcanzar unas compañías de Infantería, que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi

plaza, y no faltarán bagages en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por amo y por Señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelon en la Corte. ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja (1) por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun Grande de España, ó algun principal personage, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser Alférez ó Capitanes, ó con algun buen entretenimiento (2); pero yo, desventurado, serví siempre á catariberas (3), y á gente

(1) El sueldo ó pension que ademas del pre se daba al soldado de algunas circunstancias y distincion en la milicia de aquel tiempo, en que no habia cadetes; y se llamaban *soldados aventajados*.

(2) Pension.

(3) Dábase este nombre metafórico á los pretendientes de varas de alcaldes mayores y de corregimientos, cuya vida, solicita, afanada, y escasa tal vez de bienes temporales, pinta con incomparable gracia Don Diego de Mendoza en una carta *ms.* que con otras se guarda en la Real Biblioteca. Esta voz *catariberas* se compone del verbo antiguo *catar*, que significa mirar, reconocer, y del sustantivo *riberas*; y significa propiamente el oxeador, reconocedor ó explorador de las aves, que suelen hacer asiento en las riberas, lagunas y otros lugares pantanosos, como son las

advenediza de racion y quitacion (1) tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y seria tenido á milagro que un page aventurero alcanzase alguna siquiera razonable

anades, patos, chochas. Esta caza se llamaba Cetreria, ó Volateria, y era no menos usada de los reyes y señores, que la de Monteria, de que escribio un libro Don Alonso XI, publicado por Gonzalo Argote de Molina, aunque con poca correccion. El erúdito, político, y valiente Don Juan Manuel, marques de Peñafiel, y nieto de S. Fernando, escribio entre otros apreciables tratados (que existen en la Real Biblioteca: est. S. cod. 34.) uno, en que describe las riberas y lugares, que en Castilla y otras partes abundaban de las aves mencionadas. Entre los oficios de la Casa Real habia el de *Cazador Mayor de Volateria*, y ademas de otros subalternos, habia en tiempo de Felipe III, *diez catariberas, con quince mil maravedis de sueldo cada un año.* (Ambrosio de Salazar en su *Almoneda general de las mas curiosas recopilaciones de España*: fol. 176.) Estos, como se ha dicho, andaban de ribera en ribera, oxeando las aves: y por esta alusion llamaban *catariberas* á los referidos pretendientes, por andar de lugar en lugar exerciendo sus oficios. Tambien era expresion venatoria, ó perteneciente á la Cetreria, la de *volar la ribera*, que significaba salir á buscar las aves de ribera en ribera; y de ella usó el Cura para decir que Don Quixote no permaneceria en su casa, sino que se desgarraria y saldria á buscar las aventuras. *Vos vereis, compadre* (dixo al Barbero) *como quando menos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez* á volar la ribera. (*P. II, t. I, c. II, p.* 49.)

(1) *Racion*: la porcion ó pitanza que se daba al criado cada dia; *quitacion*: el salario que se le pagaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó Don Quixote ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el page; pero así como el que se sale de alguna religion ántes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á que venian á la Corte, se volvian á sus casas y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado. Notable espilorchería (1), como dice el Italiano, dixo Don Quixote (2); pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la Corte con tanta buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas pro-

(1) Miseria, mezquindad.

(2) Reprehendiendo el doctor Suarez de Figueroa (*El Pasagero*: fol. 431.) esta misma mezquindad, ó *tan vil costumbre, no seguida de ninguna de las naciones*, de quitar los amos las libreas á sus criados, dice: *Miren primero á quien dan las libreas; mas una vez dadas, tengan animo para que las rompan los que se las pusieron, vayanse, ó quedense. Jamas los grandes señores reparan en esto; y asi es propio de pelones, de ruines, de apocados.* Esto era entonces. Ahora han variado tanto las costumbres, que ya es general la de quitar las libreas á los criados, especialmente de escalera abaxo.

vecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo ménos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé que los de las armas á los de las letras, con un sí sé que de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso Emperador (1) Romano, qual era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ageno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dixo bien, para ahorrarse del sentimiento

(1) Capitan, ó Comandante general.

humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina ¿qne importa? Todo es morir y acabóse la obra, y segun Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado quanto tiene de obediencia á sus Capitanes y á los que mandarle pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado, ó coxo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: quanto mas que ya se va dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, quando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse, sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenaréis conmigo,

conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazon dicen que dixo Sancho entre sí: valate Dios por señor ¿y es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesínos? Ahora bien, ello dirá, y en esto llegáron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta y no por castillo, como solia. No hubiéron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el qual le respondió, que en la caballeriza estaba, acomodando el macho: lo mesmo hiciéron de sus jumentos el sobrino (1) y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

(1) Esta es equivocacion manifiesta; *primo* debe decir, y no *sobrino*.